

Cuando el avión llegó unos días más tarde, Roy estaba pescando unos kilómetros más arriba, en la costa. Pensó que lo oía, después pensó que se lo había inventado, pero se detuvo y escuchó y volvió a oírlo. Recogió el sedal, cogió los dos salmones que había pescado y echó a correr. Pero estaba tan lejos y encontró tantos obstáculos en el camino que no pudo verlo volar hacia la entrada de la cala. Corrió sobre la playa rocosa y, cuando tenía que hacerlo, subía a la zona de los árboles y bajaba de nuevo, cada vez con más miedo de no llegar a tiempo. Asumió que su padre estaría allí partiendo leña, pero ¿y si por alguna razón se había ido al risco y no había nadie en la cabaña? No parecía improbable, y Roy necesitaba marcharse. Tenía que irse. Roy soltó los peces y su caña y corrió más deprisa.

Sólo estaba a unos cien metros de su meta cuando volvió a oír el motor y se detuvo para ver cómo salía de la cala, se inclinaba y descargaba su propio rocío, y se elevaba torpemente sobre el canal. Después se quedó allí, miraba hacia el lugar por donde había desaparecido y respiraba con fuerza y sentía que algo terrible había ocurrido.

Se ha ido, dijo en voz alta. Me lo he perdido

Después volvió a por su caña y los salmones y regresó a la cabaña.

Su padre había vuelto al montón de leña. Ha venido Tom, dijo cuando llegó Roy. Lo he oído.

Oh. Bueno, solo ha estado un minuto, pero le he encargado las provisiones que necesitamos y volverá con ellas la semana que viene cuando vaya hacia Jusneau. Aunque no le viene de paso exactamente, supongo. Y su padre sonrió, encantado de que estuvieran en medio de la nada.

Roy llevó los salmones al agua y los destripó. Les quitó las escamas rápidamente y les cortó la cabeza, las aletas y la cola. Quería irse. No le importaba lo que pensara su padre, él iba a marcharse.

¿Quieres irte?, preguntó su padre cuando se lo dijo, a la hora de cenar.

Roy no volvió a decirlo, solo comió. Se sentía fatal, como si estuviera matando a su padre.

No nos va tan mal ¿no?, preguntó su padre.

Roy no quería ceder. No dijo nada.

No lo entiendo, dijo su padre. Vas a tener que hablarme de esto, de lo contrario te vas a quedar y eso es todo.

Vale.

¿Por qué tienes que irte?

Quiero estar con mis amigos y mi vida real. No quiero limitarme a sobrevivir al invierno.

Está bien. Pero ¿qué pasa conmigo? Me dijiste que estarías aquí un año, y he hecho planes. Dejé mi trabajo y compré este lugar. ¿Qué tengo que hacer si te marchas?

No lo sé.

No has pensado en eso, ¿verdad?

No. Roy se sentía fatal. Lo siento, dijo.

No pasada nada, dijo su padre. Si tienes que irte, tienes que irte. No voy a impedírtelo.

En ese momento Roy quería decir que se quedaría, pero no podía. Sabía que iban a ocurrir cosas terribles si se quedaba. Lavó los platos y después se fue a la cama.

Sabes, dijo su padre esa noche mientras yacían sin dormir, aquí todo es demasiado incontrolable. Tienes razón. Hay que ser un hombre para aguantarlo. No debería haber traído a un chico.

Roy no podía creer que su padre le estuviera diciendo esas cosas. Esa noche no durmió. Quería marcharse. Quería salir de allí. Pero a medida que avanzaba la noche, comprendió que se quedaría. Imaginaba a su padre allí solo, y sabía que su padre lo necesitaba. Por la mañana, Roy se sentía tan mal que hizo panqueques y le dijo a su padre: He estado pensando y creo que no quiero irme.

¿De verdad?, dijo su padre, y se acercó y rodeó con el brazo los hombros del chico. Eso es hablar, dijo resplandeciente. Podemos conseguirlo. Tendremos provisiones frescas y guardaremos bastante pescado y carne, y tengo una idea nueva para el techo del escondite.